



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13126

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MIERCOLES 16 DE AGOSTO DE 1905

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras d fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loreite, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## Estadística

Durante el séptimo mes del año actual, ó sea Julio, la altura barométrica, media, en esta ciudad ha sido 763'8 mm.; la temperatura media 24°; la máxima temperatura, que se verificó el día 20, 28°8 y la mínima, que tuvo lugar el día 15, 18°2.

Los vientos soplaron con frecuencia mayor del N. y SE. alcanzando una velocidad media de ciento sesenta kilómetros en las veinticuatro horas.

Por su fuerza mereció la calificación de calma 10 días, de brisa 6, de viento 11 y de viento fuerte 4.

El estado del cielo fué despejado 14 días; 14 nublados, 1 cubierto y dos de lluvia inapreciable.

La mortalidad ocurrida en el mes de Julio, según el Boletín municipal sanitario que tenemos á la vista, fué de 196 individuos, cifra que con respecto al sexo se divide en 114 varones y 82 hembras, y con respecto al estado civil en 130 solteros, 22 viudos y 43 casados.

La natalidad alcanzó la cifra de 263 nacimientos, divididos en 141 varones y 122 hembras, ó en 242 legítimos y 21 ilegítimos; estando representada la cifra de ilegitimidad por el 7'98 % de la cifra total de nacimientos.

Comparando esta cifra con la de defunciones, resulta que en el mes de Julio ha experimentado la población de Cartagena un aumento de 67 almas; aumento que afecta en 14 á la ciudad, en 53 al grupo de diputaciones rurales y en nada al de los barrios extramuros.

En las diputaciones de los Médicos y los Puertos no ha habido nacimiento alguno y en la Magdalena no ha habido defunciones.

El servicio de desinfección fué practicado en 38 domicilios, 27 dentro de la ciudad y barrios extra-

muros y 11 en las diputaciones del campo; 15 después de la curación del enfermo que las motivó y 23 después del fallecimiento de aquel.

Las dolencias causantes de la desinfección fueron:

Viruela. . . . .	2
Sarampión. . . . .	10
Difteria. . . . .	2
Fiebre tifóidea. . . . .	5
Tuberculosis. . . . .	13
Sépticemia. . . . .	3
Otras infecciones. . . . .	3

El servicio de vacunación fué practicado en 289 individuos, de los cuales eran niños 274 y adultos 15. De las vacunaciones practicadas á los primeros no se obtuvo resultado alguno en 13 casos y de las revacunaciones practicadas á los segundos no se obtuvo resultado en 3.

Los médicos titulares han facilitado á los enfermos pobres 4190 recetas, no estando comprendidas en ellas 12 ampollas de suero antidiférico facilitadas también gratuitamente por el municipio.

En el laboratorio municipal se han practicado 41 análisis de distintas sustancias, resultando 16 buenas, 13 aceptables, 11 malas no nocivas y 1 mala. Esta última era una muestra de agua.

La policía de subsistencias decomisó 35 litros de leche aguada, 95 kilos de salazones, 112 de despojos de reses, 6 de carne, 92 de pescado, 14 de queso y 3 de huesos salados.

En el matadero público fueron sacrificadas 30 vacas, 223 novillos y 2793 ovejas, con peso total de 61.777 kilogramos, y fueron desechadas por el inspector de este servicio, señor Mercader, 1 vaca y 93 reses lanares por enflaquecimiento, una de estas últimas por enfermedad común y otra por padecer tisis pulmonar.

En el matadero especial de aves se sacrificaron 464 pavos, 1087 gallinas, 51 pollos y 49 conejos; habiendo sido desechadas 12 gallinas

por enflaquecimiento, 1 por difteria y un pavo por padecer disenteria.

## CANTARES

I  
A los ángeles del cielo dijo Horacio otro ángel:  
—¡Qué triste se está en la gloria sin el calor de una madre!

II  
Para ver si estabas dentro yo me asomé á tus persianas y lo que vi en un segundo en un siglo no lo pagas.

III  
Al morir legas los padres el libro de sus recuerdos y en ese libro se aprende á ser honrado y ser bueno.

IV  
Han de venir el Obispo y el señor Gobernador, y han de pedir que te mire y ha de decirte que no.

V  
Cuando se muere una madre las flores le dan perfumes y sus lágrimas los ángeles.

Narciso Díaz de Escovar.

## GRANDIOSO ESPECTÁCULO

DE LA  
Naturaleza durante la totalidad de los eclipses solares

III  
Ya varios nos hablamos fijado hace tiempo en la silueta lunar, que, cual opaca pantalla, en parte cubría y en parte robaba el esconce del Sol decantillado; hasta decían algunos habería visto acercarse minutos antes de nublarse y aun de tocar su limbo; pero su aspecto no era sino el de una mancha circular de igual matiz, aunque algo más densa y oscura que lo demás del cielo, ni siquiera creíase á los más de que aquello no fuese sino algún engaño de la imaginación.

Ahora, cercada de blanquísimo ampo, que notadamente define en su parte lisa y en parte acortado contorno, se destaca de un modo sorprendente, negrísima con negraza

no comparable á ninguna otra de acá bajo, y, sin embargo, bien mirada, no es plata de pez, ni menos, como ha dicho alguno, abertura redonda por la que se divisan del otro lado del cielo las tenebrosas profundidades del espacio vacío, sino, conforme á su realidad, bola saliente y obscuro, aislada y como suspendida del lado de acá de aquel fondo vaporoso y radiante que por detrás de ella y en torno suyo se difunde.

Porque es así, que como si aquel último destello visible de la fase solar fuera chispazo que fuera en su sé que reguero de materia inflamable derramada por todo el derredor de ese globo sombrío, ó como si el mismo sol, en el instante de ocultarse tras de él, estallase de pronto, reducido á vapores sutiles entre radiosas exhalaciones de luz suave y apacibles, no de otra manera de entre el redondo perfil de aquel astro apagado viese partir de golpe una como explosión de luminoso éter, que, condensado por igual en reducido espacio angular, estalla de nuevo en otra filamentosá cenefa de mayor anchura, menor brillantes ó irregulares contornos, interrumpido á trechos por caprichosas ráfagas de luz más intensa y atravesada por rectos y larguísimo haces de rayos hendidos y divergente. Tal es el aspecto general con que esta soberana arreola de gloria se viene desde luego á los ojos.

Pero contemplad fijamente cada uno de sus menudos y variadísimo pormenores, y os iréis quedando cada vez más suspensos y arrobados, como ante una aparición verdaderamente celestial. Inútil estorbo es ya para la vista el obscuro vidrio con que hasta ahora la habéis defendido; porque tan suave luz nada causa ni dealumbra. Por el lado en que desapareció el último brillante de la diadema solar, sucede á ésta en seguida otra muy angosta, de color violáceo rosado, á veces, ó más ahora, se oculta luego á su vez tras la negra silueta de la luna, y á veces se va extendiendo por su borde hasta rodearle del todo como de un filete rojo más ó menos visible y tal ve inquieto y efervescente.

Siguele en derredor una corona más ancha y menos intensa, como de plata mate algo pálida ó nacarada, sobre cuya blancura uniforme y continua ciertas como prominencias desgarradas aisladas, que parten de la cenefa anterior, semejan, por el contraste, rubies encendidos ó toques de luminosa escarlata. Raros esmaltes, que, amplificados por el antejo, no dejarían de pare-

ceros llamaradas de fuego ó peregrinos surtidores y nubes flotantes de materia gaseosa ó derretida.

Proclama zona argentina, ¿verdad? Pero no distraigáis en ella demasiado vuestra atención, pues la extensión aureola, que de sus bordes arranca, no dura ya más que breves instantes y es todavía mucho más bella y encantadora. Porque si el asiligrado fondo de la primera ya no tiene visos de masa rutilante ni reflexiva, sino de tersura y brillantez natural inherente á no sé qué fluido impalpable y etéreo, los variados destellos de la segunda ni siquiera son ya materia que luce, sino nuevas emanaciones de la misma luz, que se tamiza ó se filtra como por una gasa invisible; flámientos tensados que se risan y esfumán entre las sombras; penachos que se arremolinan ó extienden; haces que en derecho se escapan, ó oblicuamente se inclinan, y de varias maneras se enroscan, se entrecruzan y se reanuncian.

(Oh, y qué caprichos dibujan en su conjunto)

Verdad es que en cada escena y delante de unos mismos espectadores no es cosa lo que su forma se muda; pero, en cambio, de un espectáculo á otro su aparición no se os dará dos veces igual. Ahora es, como veis, el radioso viril de una cascada; otros le han visto como empujado esbozo de los pétalos de una dalia gigantesca; como piedra engastada en anillo que se clera detrás en el infinito; como nudo elegante de seda sa madeja; como broche que mantiene tirantes dos largas y finísimas cintas, ó joya que las traba y anota cruzadas en primoroso lazo.

Y todo ello abismado también en ese mundo fantástico, ni claro y obscuro, sino híbrido y luminoso á la vez, que se degrada y se pierde en la circunfusa lozaguez de los cielos.

¿Os dejará el embeleso pasar siquiera una rápida mirada por estos? ¿Perderéis, sobre todo, ni uno sólo de tan breves como deliciosos instantes en revisar curiosamente el espectáculo que entretanto os ofrece acá abajo la tierra? Bien puede ser que no; pero más fácil es que lejos de inspiraros indiferencia ó desdén, se os nota, aun sin querer, por los ojos todo este universal conjunto, no como distracción importuna, sino como dignísimo complemento de tan soberana magnificencia.

Porque no parece al no que todo lo visible se ha convertido entonces en inmenso y angusto santuario donde la naturaleza

En vano forcejeaba el Guapo Francisco; le había llegado el turno de ser tratado como él había tratado tantas veces á los de la banda, víctimas de sus crueldades

—¡Ah! ¿eres tú, el valeroso Bautista, el gran orador Bautista?—dijo el Guapo Francisco, con insultante ironía.

—¡Ya sabía yo que estarías en contra mía. Pues bien, ¡por todos los diablos del infierno! tú pagarás por los demás y servirás de escarmiento.

Y diciendo esto, apuntó á Bautista pálido y trémulo con una de sus pistolas, é hizo fuego.

Una mano desconocida, tal vez la de Rosas, apartó el brazo, y la bala, que hubiera podido herir á varias personas entre la multitud, fué á perderse en las vigas del techo.

El Guapo Francisco empuñó rápidamente la segunda pistola, pero ya no pudo hacer uso de ella. Arrojáronse sobre él por un esfuerzo común, y á pesar de su vigor extraordinario, á pesar de sus blasfemias y pataleos, se le puso en estado de no poder hacer daño.

En un abrir y cerrar de ojos fué derribado en tierra, echándole una manta sobre la cabeza, como si los actores de aquellas violencias hubieran temido todavía ser reconocidos por él, y fué sujetado contra el suelo por manos vigorosas.

Mientras el Guapo Francisco hacía una pausa fatigado por su misma vehemencia, puséronse á cuchichear los hombres de la banda, y enseguida Santiago de Pithiviers, que al parecer se había enterado de resumir las opiniones de sus camaradas, dijo con su voz ruda: